

HUELLAS DE UNA VERDAD INCOMPLETA

Christian William López Pedraza



Huellas de una verdad incompleta

Christian William López Pedraza

Huellas de una verdad incompleta

Christian William López Pedraza



Huellas de una verdad incompleta:

Christian William López Pedraza
Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025
Investigación y elaboración, 2020-2024

Coordinadora general

María Clara Leal Murillo

Equipo coordinador

Yadira Tatiana Urrea Basto
Lina María López Gallego

Equipo psicosocial

Bibiana María Mejía Builes
Andrea Julieth Meyer Patarroyo
Brigitte Camila Rodríguez Arias
Tania Yurley Barón Parada
Laura Alejandra Tapiero Hueso
Stephanía Peña de la Pava

Equipo de investigación

Diana Marcela Sandoval Fajardo
Lina María López Gallego
María Clara Leal Murillo
Paula Carolina Vicioso Díaz
Natalia Lacera Viveros

Equipo de redacción

Paula Carolina Vicioso Díaz
Diana Marcela Sandoval Fajardo
Karen Jineth Cuesta Rodríguez

Edición y corrección de estilo

Felipe Sandoval Correa
Paula Carolina Vicioso Díaz
Lina María López Gallego

Ilustración

Diana Alejandra Barreto Rodríguez

Diseño y diagramación

Nicol Giselle Rodríguez Otálora
Laura Isabel Páramo Oliveros

Equipo de difusión y comunicaciones

Nicol Giselle Rodríguez Otálora
Karen Jineth Cuesta Rodríguez
Julián Mauricio Morales Herrera
Sandra Viviana Rodríguez Quiroga
Juan Felipe Yomayusa Díaz
Andrés Felipe Quiroga López
María José Ramírez García
Rafael Felipe Barco López
Lina Alejandra Restrepo Guio
Valentina Torres Aguirre

Equipo de apoyo institucional

Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza Pública
y sus Familias Víctimas del Conflicto Armado en Colombia-
ACOMIDES

Otros apoyos institucionales

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba
Corporación Rosa Blanca Colombia
Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Fundación Universitaria del Área Andina

Otros apoyos

Karen Jimena Duarte Martínez
Juveidis Bolaño Mariño

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1078-0



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons
Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
4.0

NOTA ACLARATORIA

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

ÍNDICE

I Una historia para entender nuestra historia	25
II Las raíces	33
III El milagro de la vida y los primeros años	41
IV Buscando el futuro en un país en guerra	55
V Embarcados en un viaje sin retorno	65
VI La pesadilla de una tragedia inesperada	75
VII Huellas desdibujadas entre la selva y el río	87
VIII La verdad como deuda institucional	101
IX La esperanza del reencuentro	109
X Fortaleza y esperanza para continuar	119
XI Epílogo: Cartas a Christian	125
XII Notas	129



Carmen Cecilia

*"A Christian, que este libro sea prueba de
todo el amor que le tengo
y la falta que me hace.
A mis hijos, porque han sido el motor de mi
vida.*

*A mi familia, a Flor y a cada persona que
me ha servido de apoyo.
A los jóvenes, para que tomen conciencia
de la responsabilidad que tienen de cons-
truir un país en paz.*

*A los voluntarios que hicieron posible este
libro; sin ellos nunca habría sido posible que
la memoria de nuestro Christian perdurara
por siempre".*



Elibardo, Flor y Víctor

"A la memoria de mi hijo Christian, porque nunca lo olvidaremos.

A todas las personas desaparecidas en Colombia, especialmente a mi sobrino Titi; en nuestro corazón falta un pedacito desde que no estás.

A todas esas personitas que guardan a mi hermano Christian en sus corazones, mantienen su recuerdo presente y ayudan a que su legado pueda trascender, porque si hay algo lindo en todo lo que ha ocurrido es ver la huella que dejó mi hermano en cada persona que lo conoció y el amor con el que lo recuerdan".

**Huellas de una verdad incompleta:
Christian William López Pedraza**

*"A dónde van los desaparecidos"
Rubén Blades, Desapariciones.*

*No caminan por la calle
desprevenidamente*

*No van a sepelios
a campos de paz
o al cementerio universal*

*No los vemos en el bar de siempre
brindando por la vida*

"Pues todo es oropel"

*No les dieron ocasión
para despedirse de la madre
ni de los amigos*

*A dónde realmente van
los desaparecidos*

Pregunto

*Tal vez
a una fosa común
como seres invisibles*

**Huellas de una verdad incompleta:
Christian William López Pedraza**

*Quizá
a una ceremonia con
la providencia
o a una fiesta sin previa invitación*

*A dónde van
oh Dios
atiende nuestra súplica
haz que los infames hablen
de una vez y para siempre
o fenezcan de la misma forma*

*Pero responde
a Marta
la vieja
a dónde van
a dónde van.*

Marta Quiñonez, 2014

AGRADECIMIENTOS

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a los miembros de la familia de Christian William López Pedraza; su madre, la profesora Carmen Cecilia Pedraza Martínez, su padre Elibardo López Gómez, su hermano Víctor Eduardo López Pedraza y su tía Flor Elga López, quienes por más de 3 años han participado en este proyecto: relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en

que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha implicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y

a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.

PRÓLOGO

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La familia de Christian ha sufrido la desaparición enfrentando el terrible dilema de seguir esperándolo o dar por concluida la búsqueda sin un cuerpo que despedir. Este doloroso proceso ha generado unas grietas inmensas en la comunicación familiar, porque no es fácil comprender que algunos decidan seguir esperando y buscando; así como tampoco es fácil despedirse de la ilusión de volver a verlo. Sin un cuerpo no se puede ver como un hecho una u otra opción, por eso solo una decisión propia y personal queda por tomar, la cual los ha separado, levantando muros entre los miembros de la familia.

La historia de Christian William López y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto. Historias en donde la pobreza les ha gene-

rado una condición social llena de obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

María Clara Leal Murillo

I

**UNA HISTORIA
PARA ENTENDER
NUESTRA
HISTORIA**



Concentracion
Jackeline
1996

En su texto *El peligro de la Historia Única*, Chimamanda Adichie nos revela la posibilidad de enunciar los acontecimientos a partir de los relatos de personas que no son precisamente los protagonistas de las decisiones políticas o militares que configuran la narrativa hegemónica, es decir, de la Historia con H mayúscula. Alerta sobre los riesgos de quedarnos con una sola versión de la narrativa, y nos invita a alimentarla con las historias con h minúscula; aquellas contadas o vividas por quienes, muchas veces de manera anónima, deben sufrir las consecuencias más atroces de esas decisiones.

Colombia es un país marcado por los conflictos armados internos, en medio de una guerra que parece no terminar y que en sus intentos por acabarla, se ha quedado corta en la reparación a las víctimas. Colombianos y colombianas que tienen cicatrices por curar, heridas abiertas en el corazón y familias rotas e incompletas, componen la cruda realidad de nuestra sociedad; resultando

evidente que los peores efectos no los sufre el gobierno del país, sino los campesinos, indígenas, soldados y personas del común que viven en zonas rurales o periféricas.

En el último siglo, el más reconocido de estos conflictos, por su violencia y longevidad, es el librado entre las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)¹ y el Estado. Se presume que las consecuencias de este conflicto dejaron cerca de 8.8 millones de víctimas y que duró más de 50 años hasta la firma del Acuerdo de Paz en 2016. Sin embargo, esta firma no ha implicado el final de las disputas, pues actualmente se conoce el surgimiento de disidencias de este grupo armado; algunos de sus integrantes decidieron no hacer parte de la firma, mientras que otros abandonaron el proceso de paz después de un tiempo por distintas razones.

Las FARC nacieron a partir de grupos campesinos que buscaban defender sus derechos, pero su objetivo se desvió con los años. Se calcula que en 1970 el grupo tenía alrededor de 780 combatientes y que obtenían sus ingresos de extorsiones —llamados

“impuestos”, conocidos como “vacunas”—, que le cobraban a campesinos, comerciantes y terratenientes. Las FARC implementaron la estrategia de dividirse en frentes, lo cual les garantizaba ejercer presencia en diferentes lugares de Colombia, a tal punto que, en los años 80 tomaron mucha más fuerza, duplicando sus números. Así, en 1982, contaban ya con 27 frentes repartidos por el territorio nacional y en 1986 habían aumentado a 31.

En los años 90 la guerra entró en su etapa más fuerte, y aumentaron las extorsiones, los secuestros, las desapariciones, las torturas, el desplazamiento forzado, la violencia sexual y las masacres². La presidencia de Álvaro Uribe Vélez comenzó en 2002 y fue como gasolina para el conflicto, pues la reacción del Estado desencadenó en más violencia. Ahora incluso se sabe que las estadísticas finales eran continuamente alteradas o maquilladas, lo que implicó un aumento en el número de víctimas. Un ejemplo muy notorio es el de los “falsos positivos”: civiles, jóvenes del común, que eran asesinados, y posteriormente vestidos de guerrilleros con el fin de hacerlos pasar como combatientes “dados de baja” por el gobierno, bajo la promulgación de la Seguridad Democrática.

tica³. Cuando Juan Manuel Santos llegó a la presidencia en 2010, empezó a correr la voz sobre la intención de dar fin a este conflicto, e iniciaron las negociaciones, pero la guerra continuó.

Actualmente, las víctimas están sumidas en procesos dolorosos, a veces con el dolor que implica la presencia constante de discursos revictimizantes, que mantienen sus heridas abiertas, vacíos en su memoria y su corazón. Este escrito presenta la voz de la familia de Christian William López Pedraza, un joven como tantos otros que viven en este país, quien fue víctima de desaparición forzada el 14 de febrero del 2011, dejando sueños y metas sin cumplir. Esperamos que esta sea una herramienta para que sus familiares cuenten la historia de Christian, denuncien lo que le sucedió y alcen la voz por él, que ya no puede hacerlo. Carmen Cecilia Pedraza, madre de Christian William, relata: "Eso fue terrible, yo no supe y no sé cómo describir ese momento tan terrible. Uno pierde a un papá o una mamá y ya uno sabe, así es el orden de la vida; pero perder a un hijo, eso es impensable. El problema es que ni siquiera yo he tenido el cuerpo. Es como un vacío al que no soy capaz de bus-

carle solución (Comunicación personal, 12 de mayo de 2022)”.

El 13 de febrero del 2011, un grupo de militares de la Armada del que hacía parte Christian, llegó al corregimiento de Piñuña Negra, Puerto Leguizamo, en el departamento del Putumayo, a descansar y comer luego de una misión. A las 8 de la mañana del día siguiente, partirían hacia la base naval, para comunicarse con sus familias telefónicamente. Cuando se acercaba la hora de partir, llegó la tragedia: siete cilindros bomba instalados por milicianos del Frente 48 de las FARC explotaron, dejando tres muertos, siete heridos y dos desaparecidos. Entre estos últimos, se encontraba Christian William. Carmen Cecilia no sólo perdió el rastro de su hijo ese día, también perdió la alegría y las ganas de vivir, al igual que el resto de la familia; todos compartían el dolor. Sin embargo, ella encontró un motivo para seguir: la esperanza de encontrar a su hijo motivada por el enorme anhelo de hallar respuestas. Hoy, aún mantiene viva y fuerte esa fe; desea encontrarlo vivo para poder abrazarlo y besarlo, porque ante la guerra, el dolor y la tragedia, la esperanza siempre se mantiene.

La mejor manera de entender la Historia de nuestro país es conocer cómo la vivieron las víctimas directas, aquellas historias (con minúscula) que pueden parecer aisladas, pero que juntas tejen un nuevo entramado, una versión más próxima a una verdad colectiva que permita repararnos como sociedad. Pues detrás de un crimen de guerra hay familias que conviven con la tristeza y que merecen alzar la voz. Merecen una respuesta y merecen paz, una paz que muchas veces parece inalcanzable.

II

LAS RAÍCES



En San Andrés municipio del departamento de Santander, al nororiente del país, nació y creció Carmen Cecilia Pedraza, entre el clima frío y la calidez de una familia tradicional. Fue a mediados de los años 60 del siglo XX. Con cuatro hermanos en casa, forjó un carácter fuerte para crecer en un mundo sin padre, quien falleció cuando aún era niña, y con una madre muy estricta, dedicada al noviciado, con quien vivió hasta poco antes de conocer a su esposo.

Carmen se formó como una persona seria, de difícil expresión emocional, educada bajo la idea de cuidar la imagen, pendiente del “qué dirán”. Según sus propias palabras, esa forma de criarse hizo que sus hermanos y ella crecieran de un modo “muy inocente” y, cuando salió de su casa, se estrelló con la realidad del mundo. Por eso, contar su historia es entender el amor por su familia, en especial por sus hijos, con quienes quiso replicar la crianza que re-

cibió, pero incorporando las enseñanzas que la vida le dio después. Víctor Eduardo, el mayor, dice que los crió “como un general”, y en la familia creen que esa fue una de las razones que llevaron a Christian a inclinarse por la carrera militar.

Carmen estudió en la Normal, una escuela religiosa de San Andrés, su pueblo. En noveno grado descubrió que su madre quería que ella y su hermana se convirtieran en monjas, pero ella se rehusó y le dijo que no volvería a ese lugar. Culminó sus estudios en un internado, en otra institución normalista⁴, donde compartía con más personas y era menos estricto, por lo que empezó a socializar y a conocer más de la vida. Terminó el colegio a sus 16 años, y consiguió su primer trabajo a los 20, como profesora en un corregimiento cercano a Barrancabermeja. Ese traslado de ciudad le abrió la mente; se sorprendía por todo lo que veía, por las diferencias que veía en la zona y el comportamiento tan distinto de la gente, en comparación con lo que estaba acostumbrada. Empezó a dar clases en los primeros grados de colegio, y se enteró de muchas historias de sus estudiantes, historias fuertes y difíciles de conocer, que la

hicieron encontrarse de frente con otra realidad del país.

Cuando se independizó, Carmen se sintió abrumada; tenía temor de enfrentarse a un mundo totalmente desconocido, pero aprendió poco a poco las lecciones de la vida. Su forma de ser cambió mucho con su trabajo, y también a partir de lo ocurrido con su hijo Christian, porque entendió mejor a la gente. En 1986, tras dos años de estar enseñando, la trasladaron al campo, a una vereda llamada Riosucio, del municipio de Lebrija, Santander. Ahí tenía una compañera más joven, de unos 18 años, con muchos amigos, entre los que estaba Elibardo, el futuro padre de sus hijos. Cuando se conocieron, ella acababa de pasar por una ruptura amorosa, al separarse de su primer novio, con quien había compartido cuatro años.

Debido a una enfermedad que padecía su padre, ese primer novio tuvo que irse al departamento del Caquetá, zona roja⁵ de la guerrilla. Como era el mayor de sus hermanos, se quedó allá y, por las dificultades de comunicación, Carmen perdió contacto con él, y el vínculo de la relación se fue desvaneciendo.

Por su parte, Elibardo vivía en una vereda y venía de una familia prestante de la región. Acostumbraba a conducir una camioneta, en la que transportaba productos para las tierras que cultivaban. En esos caminos, él veía a Carmen y a su amiga caminar desde la parada del bus, y a veces se ofrecía a recogerlas y llevarlas hasta la puerta de la escuela.

Elibardo tenía planeado convertirse en militar; quería hacer carrera como suboficial y ya tenía lista la boleta para presentarse. Para despedirlo, Carmen y su amiga lo invitaron a una discoteca. Esa noche, Elibardo se dio cuenta de que se había enamorado de Carmen y que no podía ir al Ejército. Él estaba listo para comprometerse, pues no tenía novia, estaba soltero y por eso dejó a un lado su acostumbrada timidez y se atrevió a pedirle a Carmen ser su novia con un beso que le dio mientras bailaban. Desde el comienzo, Elibardo fue muy insistente con la idea de que se casaran. Por eso, y por una apendicitis que sufrió, su sueño de estar en el Ejército se vio truncado.

Así fue: el 11 de abril de 1987 se casaron. Carmen quedó embarazada poco después. Ella recuerda con mucho cariño la llegada de sus hijos, porque, mientras fue profesora, nunca se había planteado tener hijos propios. Además, en su familia siempre han sido docentes o personas pertenecientes a la comunidad sacerdotal o religiosa (monjas o curas), por eso pensó que estaría soltera por siempre y no tendría hijos. Pero desde que nacieron, siente que fue lo mejor de su vida. El 20 de julio de 1988 nació Víctor Eduardo, su primogénito.

Carmen sintió un gran respaldo por parte de la familia, ya que Víctor era el primer nieto varón del lado paterno; todo el mundo quería tenerlo, lo cuchicheaban y le alcahuetaban los caprichos. Pero tan sólo cuatro meses después del nacimiento de Víctor, Carmen quedó embarazada de nuevo. Esta vez el miedo creció en su interior, porque al pasar tan poco tiempo entre el parto y el segundo embarazo, sentía las secuelas y las dificultades que cualquier madre primeriza siente, además de que no pudo encontrar el apoyo necesario en su pareja; Elibardo tra-

bajaba con una compañía de pavimento que lo obligaba a trasladarse constantemente hasta Barrancabermeja, donde estaba todos los días hábiles y sólo podía volver a casa el fin de semana. Esta ausencia hizo que Carmen se sintiera sola, lo cual generó una fractura en la relación. Un tiempo después, sin embargo, Elibardo decidió renunciar al trabajo, porque nació en él un interés hacia el mundo político, y logró ser concejal del municipio de Lebrija en 1990.

III

EL MILAGRO DE LA VIDA Y LOS PRIMEROS AÑOS



Tras un embarazo lleno de inquietudes y un parto complicado, Christian nació el 2 de agosto de 1989. El bebé venía de espalda, por lo que fue necesario realizar una cesárea; estaba asfixiándose y se veía morado al nacer. Esto levantó un comentario incómodo sobre el aspecto físico del recién nacido, por parte de su padre. Elibardo le dijo a Carmen que el niño se parecía al tío Pompilio, quien era de tez morena. Después de los 40 días del permiso de maternidad, Carmen volvió a trabajar, pero en esos primeros días de regreso a su empleo, tuvo un cuadro de bronconeumonía que la llevó a estar 15 días hospitalizada. Durante ese tiempo, Elibardo estuvo a cargo de Christian. Al regresar a casa, Carmen notó que el niño tenía el mismo cuadro respiratorio, y también resultó hospitalizado.

A partir de ese episodio, Christian desarrolló un asma crónico que se prolongaría durante sus primeros años. Elibardo debía quedarse en las noches con Víctor Eduardo en casa,

mientras Carmen y Christian estaban en el hospital. Así pasaban los días: de un lugar a otro vigilando y cuidando a su familia.

La enfermedad de Christian retrasó su crecimiento, y desarrolló un síndrome denominado "pecho de paloma". Los médicos determinaron que no tendría mayores expectativas de vida, así que Carmen decidió llevarlo al campo para tratarlo con remedios naturales. Con sorpresa, ella y la familia notaron cómo fue mejorando, al punto que la sábila con miel y limón se convirtió en su comida favorita. Inclusive, cuenta la madre, le gustaba la bienestarina.

En todos esos momentos estuvo presente la tía de Elibardo, Maria Eugenia, junto con su novio, quienes acompañaron y ayudaron a la familia. Otra gran ayuda para Carmen en la crianza de los dos muchachos fue Flor, la tía paterna, quien vivió con ellos y los cuidó en su niñez; gracias a esto se hicieron muy cercanos. Ella misma cuenta que cada ocurrencia de Christian era pura alegría, al punto que no podía regañarlo cuando era necesario. De cariño, en medio de sus juegos, Flor le decía "Titi", y eventualmente toda la familia

terminó llamándolo así. Mientras los hermanos iban creciendo, se presentaron algunos problemas con Christian porque aunque su salud iba mejorando, dejó de comer repentinamente. Ante esta situación, Flor le ayudaba a Carmen a que el niño almorzara temprano para poder llevarlo a estudiar a las 12.

Ya para ese entonces, la relación entre el padre y la madre de Christian se había empezado a deteriorar. Los hijos, al verse afectados, empezaron a intervenir, a veces incluso de manera desmedida: Víctor se enfrentaba continuamente a Carmen, y una vez la intentó agredir físicamente; Elibardo se opuso con mano firme. También Christian un día le alzó la mano, esta vez a su papá, quien lo corrigió duramente, y le advirtió que los hijos que le pegan a sus padres tienen una maldición divina: “no vaya a ser que Dios lo castigue por levantarle la mano a su papá”.

Esta frase todavía retumba en la mente de Elibardo, quien al día de hoy aún se arrepiente de haberle dicho eso.

Los apegos eran particulares. Víctor era más cercano a Elibardo, y Christian se enca-

riñaba más con Carmen. En el aspecto físico era todo lo contrario: Víctor es mono, blanco, churco y de ojos pequeños, más parecido físicamente a Carmen. Christian, de pelo

negro, ojos muy verdes, alto y flaco, es muy similar a Elibardo, con una personalidad fuerte, muy perfeccionista y estricto. Elibardo recuerda que a Christian le gustaba el deporte y era muy buen estudiante. Practicaba, entre otras competencias, el judo, pero lo dejó porque en un encuentro lastimó a una compañera en el hombro, y no se sintió bien al verla afectada. Era un niño juicioso, con ansias de sobresalir, y también muy sociable y agradable. Usualmente le caía bien a la gente, pero también le gustaba el mando; con el tiempo, al igual que había deseado su padre, él quiso ser militar.

Al contrario de su hermano, Víctor personifica el desorden, y es tranquilo y descomplicado. Christian llegaba del colegio a hacer las tareas, pero Víctor se las copiaba cuando este se dormía. Sin embargo, esto no hacía que se llevaran mal; eran muy unidos, y aprovechaban sus diferencias para ser cómplices. Christian disfrutaba de las matemáti-

cas, mientras que a Víctor le encantaba leer (aún hoy lo disfruta mucho). Por eso, Christian le pedía que le contara sobre los libros para avanzar en sus trabajos de español. En verdad eran muy cercanos. Cuando los regañaban, Christian siempre lograba sacarle una sonrisa a su hermano para animarlo.

De pequeños, desde que tenían unos tres y cuatro años, eran muy unidos. Esto también se debía en parte a que vivían en el campo, y todos los vecinos estaban muy lejos, lo que no impedía que, de todas formas, pudieran jugar regularmente con personas de la región. A veces, algunos de ellos portaban uniformes militares. Los niños no diferenciaban entre unos y otros, y en su inocencia jugaban con otros seres humanos que pasaban por la zona. Con el tiempo, entenderían que algunas personas provenían del Ejército y otras, de las FARC. Cuando aún eran menores, los dos hermanos tuvieron que presenciar de cerca un enfrentamiento entre ambos grupos. La experiencia fue aterradora para toda la familia.

Un día, durante esa misma época, mientras Carmen trabajaba en la escuela de la

vereda, llegó la guerrilla pidiendo desalojar. Les avisaron del ataque y les indicaron que salieran de sus casas. Para ella fue muy doloroso reconocer, entre los asaltantes, a un muchacho que había sido su estudiante. Al verlo armado, notó que le habían cambiado el nombre, junto con la mentalidad y las ideas de paz; el esfuerzo pedagógico que ella había invertido sobre él se había desvanecido. En ese episodio, Carmen sabía que podría poner en riesgo la vida de Christian si lo sacaba al sereno súbitamente, dada la situación médica que atravesaba. La guerrillera que la abordó en ese momento, le dijo que no importaba lo que tuviera que hacer, pero que debía desalojar. Sin familiares cercanos que contaran con un lugar a donde pudieran llegar, tomaron lo primero que encontraron y salieron de allí.

Carmen envolvió a Christian en una colchoneta y le puso mucha ropa. Caminaron juntos y se encontraron con unos vecinos que cargaban con la misma angustia. Se trataba de una campesina que iba con su hija ciega y su esposo, un adulto mayor. Luego de caminar un poco por la vereda, llegaron juntos a una finca en donde les ofrecieron

hospedaje; se decía que los dueños eran informantes de las FARC.

Después de pasar la noche en vela y asumir que el riesgo había desaparecido, se empezó a escuchar un tiroteo en la escuela a las 5 de la mañana. Por una grieta de la pared, las familias pudieron ver lo que estaba pasando, pues la finca no estaba lejos de la escuela. Allí, Carmen contempló la fuerza del combate y entendió la crueldad de la guerra; veía cómo el Ejército rodeaba a la guerrilla y alcanzaba a oír las cosas terribles que se decían. Por fortuna, como los niños eran tan pequeños, no entendían muy bien lo que sucedía. El Ejército llegó a la finca en la que estaban todos refugiados; los soldados entraron pateando las puertas y gritando para que les abrieran. Las familias estaban en el sótano, hasta donde llegaron, y les ordenaron a los hombres, tanto padres como hijos, que los acompañaran afuera. Carmen se interpuso, y les pidió que se los llevaran a todos. Les dijo que "si se los iban a llevar para matarlos y colocarles el uniforme de las FARC, mejor que los mataran a todos de una vez". También les manifestó con claridad que, si la mataban, tendrían

que responder por una trabajadora pública, y no por una guerrillera. Esto hizo que la orden cambiara y los hombres del Ejército le comenzaron a preguntar quién era ella y por qué era tan firme. Después de la fuerte conversación, los soldados le pidieron a Carmen que los ayudara a reconocer una zona, con el fin de que el helicóptero pudiera aterrizar para recoger a los heridos, pero cuando llegó, las personas ya estaban agonizando.

Con el tiempo, el episodio fue quedando atrás. La familia no sabía que años después, el conflicto armado volvería a sus vidas y les daría el peor golpe que podrían recibir.

Dos años después, cuando Christian y Víctor tenían cinco y seis años, Carmen fue trasladada al casco urbano de Lebrija para trabajar en el colegio del pueblo. Además, con el fin de ayudarse económicamente, puso una venta de helados en su casa. Para eso, la tía Flor le ayudaba a vigilar los helados, que desaparecían si los dejaban solos con los dos hermanos, ya que les encantaba comer helado.

Eran chicos alegres, les gustaban los juegos y también los disfraces. Para el 31 de

octubre, Carmen siempre les hacía los vestidos, les pintaba orejitas y bigotes y los ponía de ratón y gato.

Debido a que durante su vida en el campo habían podido ahorrar regularmente, Carmen no estaba acostumbrada a los gastos de la vida en la cabecera del pueblo. Las deudas crecieron y llegó la crisis. Tenían que contentarse con aguapanela y pan para el desayuno y el resto de las comidas. Los problemas alimenticios de Christian empezaron a empeorar, y Carmen tenía que darle tres o cuatro cucharadas a las malas antes de salir corriendo al colegio, que quedaba a unas doce cuadras de su nueva casa. Fueron tiempos de cambio. Elibardo recuerda que, en una ocasión tuvieron que vivir en la casa de un amigo, que estaba en obra negra, por lo que le pagaban el arriendo con arreglos que hacía Elibardo. Eso fue antes de entrar en la vida política, en la que pudo acceder a honorarios de concejal, además de trabajar en otras obras de construcción, y asociarse a un pequeño negocio de transporte público.

En ese tiempo, el conflicto armado no se había alejado de la familia. Pese a que era

mucho más evidente y difícil en el campo, hubo un tiempo en que aparecieron también las fuerzas paramilitares, esta vez directamente en el pueblo. Se hicieron amigos de la policía, y empezaron a extorsionar a los comerciantes, e intentaban hacerlo también con los profesores. Pedían cada vez alrededor de 20 mil pesos por negocio, e impusieron un toque de queda desde las 7 de la noche. En medio de esa tormenta, le comunicaron a Elibardo que no estaban de acuerdo con el candidato al que él apoyaba para la alcaldía, y se lo llevaron para convencerlo de que se retirara de la campaña política. Por fortuna, fue un secuestro corto y lo soltaron de un día para otro.

Tiempo después, se fueron a vivir a un barrio nuevo, en donde los techos de las casas estaban dispuestos por niveles. En una ocasión, Christian llegó corriendo desde la calle a golpear la puerta para llamar a su hermano en medio de mucho afán. Ese día no había agua, la cual era distribuida en tanques periódicamente. Christian llamó a su hermano para que subiera rápido, ya que había un tanque acercándose y la vecina se estaba bañando en el patio. La espionaron desde la

ventana en medio de risas, cuenta Víctor. En ese barrio tenían contacto con otros niños, e incluso jugaban a las escondidas hasta tarde. Una vez, en una travesura más, tomaron 10 mil pesos que Carmen había dejado desatendidos. Quedaron felices con su adquisición, y salieron a gastarlos, pero cuando llegaron, Carmen los había descubierto. En palabras de Víctor: “la tabla que nos dieron fue poquita”.

Vivían en una casa al frente de la cancha municipal, donde se la pasaban jugando. Entre otras cosas, los dos hermanos fueron los primeros en tener computador en el barrio. Tal vez, según Carmen, Christian no tuvo mucha empatía para entender que sus condiciones de vida en ese momento eran mejores que las de otros niños. Ese privilegio le hizo sentir mucha confianza en sí mismo. Todo lo que se proponía lo alcanzaba. Era el mejor entre sus amigos, y no le importaban las consecuencias si tenía que defenderlos de alguien más. Los dos hermanos estudiaban en la Escuela Jaqueline de Lebrija, en donde Carmen les celebraba el cumpleaños en la misma fecha. Siempre la esperaban juntos, con paciencia; no eran

niños callejeros y disfrutaban la compañía mutua que se proveían.

La figura de Christian siempre unió mucho a la familia y a los amigos. Por eso, ahora que no está, el vacío es muy grande. Él conectaba todo, tenía un imán para hacer que la gente hablara, era gracioso y carismático, a todo le sacaba su gracia y atraía a la gente por eso. Además, su físico no dejaba de ser llamativo: su piel era blanca, algo rosada, sus ojos de un verde muy transparente, como agua de mar. Él se expresaba constantemente con esa mirada, que contrastaba con su cabello negro. En el colegio era un galán, no había muchacha que no “se levantara”, cuenta su familia. Era la empatía y la lealtad que generaba en las personas lo que las atraía y por eso siempre dejaba huella en ellos. Era muy entregado a las personas y sin embargo, también era muy obstinado; quería imponer siempre su forma de pensar y tenía un carácter orgulloso. No era un ser humano perfecto, por supuesto, pero humana y académicamente era excelente, uno de los mejores.

IV

BUSCANDO EL FUTURO EN UN PAÍS EN GUERRA



Christian era un joven dedicado, con preocupaciones y aficiones diversas; incluso incursionó brevemente en la música, cuando aprendió a tocar una organeta que le regaló Carmen alguna vez. También cuidaba mucho sus hábitos alimenticios. En su adolescencia, fue vegetariano por algún tiempo, incluso cocinaba los huevos en agua. Se dejó el cabello largo hasta los hombros y se lo amarraba en una cola. Empezó a ir a una iglesia cristiana con una vecina amiga suya, y aprendió a comunicarse con Dios, que para él era como hablar con otra persona, según la tía Flor. Ella sospecha que Christian en realidad iba por ver a su amiga, y no porque realmente estuviera buscando a Dios, pero al final le terminó cogiendo gusto y lo hizo durante años, hasta antes de irse a la fuerza naval. Luego se mandó a rapar el pelo para presentarse a esa división del Ejército, quizás como un símbolo que señalaba cómo dejaría atrás el modelo de vida que llevaba hasta entonces.

En esos años, con la idea de cuidar su cuerpo, decía que la carne era mala para la salud y que la grasa le brotaba la piel. Hacía mucho deporte con su hermano, salían a trotar y jugar fútbol, más por preservar su salud que por competir. Siempre le gustaba andar bien arreglado e impecable. A diferencia de su infancia, estudiaba en la mañana.

Después del colegio, se bañaba, descansaba y salía a pasear a Niña, una perrita que se encontró en la calle, la cual cuidó y quiso mucho. Es una french-poodle, de color crema y tamaño mediano que todavía vive con la familia.

Poco después de terminar su bachillerato, a los 16 años, se presentó a la Policía, impulsado, en buena medida, por la idea que el papá les inculcó sobre los valores de esa institución y del Ejército. A Carmen no le parecía la mejor decisión, pero siempre trató de aceptar lo que su hijo quisiera hacer; quería que fuera una buena persona, y asumió su determinación, pese a que entendía lo peligroso que podría ser portar un arma, y el riesgo que implicaba cualquier tipo de misión militar en un país en guerra.

Carmen no sólo apoyaba esas decisiones, por más radicales que fueran o así no estuviera de acuerdo, sino que también los ayudaba económicamente, siempre y cuando estudiaran y tuvieran una profesión.

Como se presentó tan joven, le pidieron esperar hasta los 18 años para intentarlo nuevamente y, mientras tanto, ingresó a las Unidades Tecnológicas de Santander (UTS), en Bucaramanga, donde cursó estudios técnicos en ingeniería electromecánica. Aunque la UIS (Universidad Industrial de Santander) era pública y mucho más accesible, Carmen no tenía la mejor imagen de algunas personas que podrían estar ahí, y no confiaba en que fuera un buen lugar para la formación de sus hijos. Por eso, sacó préstamos bancarios para que ambos pudieran estar en la UTS. Finalmente, Christian se graduó de allí a los 20 años. Comenzó a pasar hojas de vida de inmediato y trabajó durante unos meses en mantenimiento de maquinaria especializada para lavado de carros.

Para esta época, Carmen empezó a asumir que debía dejar de cuidar tanto a su hijo menor y empezar a dejarse cuidar por él,

que ya no era un niño. Intentó hacer este proceso sin afectar su vida social; era muy maduro y la apoyaba en lo que necesitara. Un día, cuando llevaba apenas unos meses de empezar sus estudios, llegó acompañado de una joven, a quien presentó como su novia, y ella venía con un niño, su hijo. La tía Flor le aconsejó a Christian que pusiera los pies en la tierra, que apenas comenzaba su carrera y que, si de verdad debían estar juntos, primero debía pedirle a ella solucionar la situación con su hijo y el padre. En cambio, Christian le pidió ayuda urgentemente para conseguir un trabajo, con la presión de apoyar a su nueva pareja. La tía Flor le dijo que no estaba preparado, que lo estaría luego de tener una carrera y un buen empleo; que ese sería el momento para establecerse con una mujer.

Cuando Christian terminó sus estudios, el servicio militar se estaba promocionando mucho, por la fuerza que tomaban los combates en la época. Como esa idea había estado rondando su cabeza por años, decidió presentarse. Le pidió apoyo económico a su mamá para cubrir todos los gastos necesarios para ingresar a la Fuerza Aérea, pues

respetaba mucho esa institución y veía en ella una oportunidad para ayudar a otros. Su tía Flor y su familia siempre lo imaginaron siguiendo la carrera militar, y sabían la ilusión que le producía entrar. Por eso le dieron su apoyo.

Pese a que no logró pasar en su primer intento, debido a un problema en su columna durante los exámenes médicos de ingreso, Christian insistió. En su segundo intento, logró ingresar, pero esta vez a la Marina. En esta división, se exigía a los aplicantes varios requisitos físicos, como la extracción de las muelas cordales, y tuvo que hacerse además una operación en los cornetes para tratar su rinitis y someterse a la cirugía de varicocele. Todo esto fue costado por Carmen, quien se valía para ello de sus ingresos y de créditos que pedía cuando era necesario.

El papá de Christian intentó convencerlo de que el futuro de los militares era muy próspero, pero él lo veía más como una "salida fácil" desde el punto de vista económico. Según cuenta la tía Flor, el plan de Christian era dejar la escuela militar y pedir una comisión que le asignara un puesto administra-

tivo, y así ahorrar dinero para financiar una nueva etapa de estudios profesionales. A futuro, quería dedicarse de lleno a la investigación. Según Carmen, su verdadero plan era incursionar en el diseño robótico, como ingeniero mecatrónico, y estaba dispuesto a trabajar mientras buscaba una universidad que ofreciera esa carrera. Su mayor sueño era llegar a formar parte de la NASA.

Elibardo asegura que Christian no escogió unirse a la Fuerza Pública por el uniforme, ni por demostrar su masculinidad a través de la fuerza física, sino por puro gusto hacia el liderazgo. Haberse criado cerca de la guerrilla pudo haber despertado ese interés en él, pero no con el deseo de “acabar” con ellos, sino por la disciplina y el sentido de pertenencia que ofrecía una institución y que implicaba unirse contra un enemigo semejante. Sin embargo, desde su punto de vista, el padre reconoce que la decisión también tuvo que ver con un proceso de superación personal de Christian, y por asegurarse una estabilidad económica que le permitiera ayudar en el sostenimiento de su hogar en el futuro. Por eso, Elibardo decidió respaldar finalmente la decisión de su hijo, e incluso,

al igual que Carmen, llegó a solicitar un crédito para ayudarle con los gastos.

Cuando Christian se fue, nadie en la familia pensó que los riesgos que implicaba unirse a la Armada fueran tan grandes. Pero él no le temía a esos peligros; pensaba que, si le tenía que pasar algo, sucedería en cualquier momento y en cualquier lugar. Estaba completamente feliz e ilusionado por embarcarse en la aventura. Había investigado mucho al respecto y tenía muy claro que ese era su camino; incluso se imaginaba ascendiendo a rangos superiores en el futuro.

V

**EMBARCADOS
EN UN VIAJE
SIN RETORNO**



Cuando ingresó a la Armada, Christian hizo un curso en Barranquilla, que duraba un año y le otorgaba el título de suboficial, además de ofrecer la posibilidad de escoger alguna especialización adicional. Él escogió la electrónica. Carmen cubrió todos los gastos. Era bastante caro y fue muy difícil para ella, pero sintió que debía hacer el esfuerzo por su hijo. La matrícula costaba 10 millones de pesos en 2010. Solamente en el proceso de partida tuvieron que gastar 2 millones, principalmente para los gastos del uniforme, que debía ser completamente blanco pero que no era proporcionado por la institución. Cada dos meses tenían que cambiar de ropa personal, toallas, ropa interior, medias, camisetitas, todos los implementos de aseo, y necesitaban un equipo de buceo y cinco uniformes para cada ocasión.

Hoy en día, Carmen dice que Dios les hizo varias advertencias, que les envió señales de lo que le pasaría a Christian y no las vieron; como el hecho de tener que presentar

dos exámenes que costaron 2 millones de pesos cada uno, sólo para ingresar. El 7 de enero del 2010 tenía que presentarse para hacer el curso, pero el 5 de enero le salió un brote en todo el cuerpo, hasta en las plantas de los pies y la lengua. Era varicela. Lo recibieron con extrañeza, pues este es un virus que suele darse en la infancia. El médico le dijo que debía esperar mínimo 10 días y le dio una incapacidad para enviarla a Barranquilla, que le permitió presentarse después.

Cuando llegó al curso introductorio, la familia tuvo que buscar un acudiente en Soledad, un pueblo vecino. Para eso, contactaron a una señora mayor llamada Marta, una conocida de Floridablanca, que les había recibido tiempo atrás. Cada vez que tenía un descanso, Christian iba a la casa de Marta, donde siempre lo acogían con cariño; le ayudaban cuando necesitaba lavar la ropa, lo atendían y lo querían mucho. En esa casa encontró un segundo hogar, una segunda familia que resultó ser incondicional con él. Lo apoyaron sin reparo ni condiciones y lo cobijaron como a un hijo. Aún hoy siguen pendientes de él y le envían mensajes de aliento a Carmen y al resto de su familia biológica.

Ese año, mamá e hijo establecieron la costumbre de hablar por teléfono cada vez que podían. Christian le contaba a Carmen sobre su entrenamiento, que era muy duro pero que le gustaba. Él se mantenía muy esperanzado y de buen ánimo. Tenía cursos de natación y siempre quedaba en los primeros puestos. Además, como siempre, seguía destacándose en el estudio. Se adelgazó muchísimo, pero se mantenía muy atlético. Después de casi un año de su partida, finalmente lo volvieron a ver en diciembre para celebrar su grado de suboficial de marina.

Al finalizar la carrera debía redactar un proyecto para graduarse, por lo que Carmen tuvo que enviarle un computador. Una semana antes de que se venciera el plazo para entregar el proyecto, un día sábado, salió a almorzar a un restaurante ubicado dentro de la misma institución, y en algún momento su computador desapareció. Carmen dice que pudo haber sido maldad o envidia de algún compañero que quiso robarlo o esconderlo. En ese computador tenía toda la información del trabajo que estaba preparando para graduarse. Christian la llamó llorando y ella tuvo que conseguir dinero por

medio de otro préstamo para enviarle un computador nuevo. Se vio obligado a volver a redactarlo todo, pero logró presentar el proyecto a tiempo para graduarse. La familia vio esto como otra señal de Dios que dejaron sin atender.

El 10 de diciembre, Christian se graduó en Barranquilla. Tenía que presentarse nuevamente el 7 de enero en su lugar de trabajo. Luego de quedarse unos días con su familia descansando, se fue para Bogotá el 6 de enero, porque iban a seleccionar los grupos y lugares asignados a los suboficiales. Para su mala fortuna, tuvo que pagar 15 días de hotel en la capital porque el proceso burocrático se dilató. Finalmente llegó la orden: sería enviado a Puerto Leguízamo, en Putumayo. Su papá advirtió de inmediato que ese lugar era zona roja, de conflicto activo y constante⁶. Como era político, intentó buscar la ayuda de algún conocido para que no lo enviaran para allá, pero Christian le dijo que iría de todas maneras.

Hacia finales de enero de 2011 llegó a Puerto Leguízamo en un vuelo militar, y allí le asignaron el cargo de jefe de manteni-

miento de embarcaciones, por sus estudios en mecánica y electrónica. Cuando terminó de hacer el papeleo, llamó a Carmen para contarle cada detalle sobre la firma y sobre el puesto. Hablaban todas las noches y él le relataba lo que hacía: dirigir el arreglo de las embarcaciones, su mantenimiento y delegar tareas a los compañeros de labores. La instrucción era trabajar allí alrededor de 20 días, y luego recibiría otros cuantos de descanso.

La primera labor en su trabajo fue una embarcación que llevaba tres años arrumada porque nadie había podido arreglarla, pero él asumió el reto. "¿Usted solo?", le preguntó doña Carmen. Él tenía personas a quienes dirigía, entonces en realidad estaba bien acompañado y asesorado para la tarea. Entre todo el equipo lograron arreglar la embarcación en sólo ocho días. Se entendieron muy bien, el trabajo fluyó; cuando la nave funcionó, quisieron ponerla a prueba en una misión.

En el momento en que Christian le contó a Carmen sobre la misión, en sus propias palabras, le dio "un pálpito". Quiso saber si la

misión no sería peligrosa, dónde sería y para qué. Por su parte, él estaba empeñado en ir; tenía muchas ganas de navegar y verificar si su trabajo había sido exitoso. Además, le comentó que, aunque los demás iban armados, él iba como mecánico, sin armas, sólo para supervisar que la nave funcionara. Así, sin más, el día que partió la misión, Christian navegó con ellos.

La casa en que vivían en la Armada quedaba dentro de la base, junto a las demás casitas que albergan a los familiares de los marinos. Él fue ubicado allí porque sus aptitudes despertaron la simpatía de alguien de mayor rango, quien le ofreció estadía en ese lugar. Antes de la misión, este señor le había dicho que no fuera, que su presencia no era indispensable, y que podía mover influencias para que se quedara en la base. Pero Christian decidió ir.

La noche anterior al inicio de la misión, Carmen y su hijo hablaron bastante; él le dijo que esta duraría aproximadamente un mes. Durante ese tiempo estarían incomunicados por falta de señal en la embarcación. Le dijo que cuando se bajaran a buscar recepción,

la podría llamar, y que estuviera pendiente de su teléfono. Sólo podían usar un celular “flechita”, como cuenta Carmen, un celular de segunda generación, pues eran los únicos que recibían señal en lugares remotos.

Estuvieron 20 días en la misión, hasta el 13 de febrero. Ese día, hacia las 7 de la noche, Christian llamó nuevamente a su mamá. Hablaron casi hasta las 8:30. Estaba cerca de la base, pero aún no había llegado. Ella le preguntó cómo había logrado mantener el celular con batería suficiente, y él le contó que lo mantenía constantemente apagado para conservar la carga. Usualmente, le hablaba de cosas personales, pero no le daba muchos detalles sobre el trabajo. Esta vez, sin embargo, estaba tan emocionado que no dejaba de comentarle todas las experiencias que había vivido en su viaje. Hablaron hasta que el celular quedó a punto de descargarse, así que Carmen le dijo que lo apagara de nuevo y la llamara al llegar. Antes de colgar, le dijo que necesitaba unos tiquetes urgentemente para Bucaramanga y que le iba a mandar los nombres y las cédulas de los compañeros que irían con él a visitarla. Ella le dijo que sí, que al día siguiente su papá los iría a comprar.

Carmen le preguntó si estaba muy lejos todavía y él dijo que no, que ya estaban cerca, más o menos a 5 o 6 horas de "la casa", como le decían a la base en Puerto Leguízamo. A ella no le pareció cerca, porque esas embarcaciones pueden llegar a navegar a 200 kilómetros por hora. Estaban en una base ubicada en Piñuña Negro, un corregimiento de Puerto Leguízamo⁷. Quedaba tan lejos porque es un pueblo muy largo y con mucho terreno, atravesado a lo ancho por el río Putumayo. Christian le contó que era un puerto móvil donde siempre llegaban los marineros cuando tenían estas misiones. Lo último que le dijo fue que saldrían a las 8 de la mañana para Puerto Leguízamo y que de ahí se irían hacia sus descansos, así que llegaría a "la casa" sobre la hora del almuerzo. Pero nunca salieron hacia allá.

VI

**LA PESADILLA
DE UNA TRAGEDIA
INESPERADA**



El 14 de febrero de 2011 sirvieron un desayuno habitual: chocolate con pan. Llamaron a las 8 de la mañana. Los suboficiales estaban casi todos listos. Pero los marinos estaban dispersos y tardaron un poco más. Christian se había quedado en cubierta con un compañero. Ellos no lo sospechaban, pero a más de 700 metros, la guerrilla había dejado una mecha que conducía hasta allí. En el momento en que sucedió la explosión, su compañero se había agachado a amarrarse las botas.

Hubo dos detalles que atenuaron la tragedia. En primer lugar, no explotaron todos los cilindros bomba que se habían instalado. Dicen que, de ser así, se habría podido afectar una escuela que quedaba muy cerca de allí. Por otro lado, si los marinos hubieran estado listos a la hora de la llamada, si hubieran llegado a desayunar a tiempo, mucha gente habría muerto. En total, tres infantes de marina murieron: dos cocineros y un suboficial

que cayó en tierra murió de inmediato por la fuerza de la onda expansiva que puede llegar a impactar hasta 150 metros de diámetro. Hubo además, dos desaparecidos; uno de ellos es Christian.

El río Putumayo es navegable, aunque tenga bajo su caudal; por lo tanto, en ese momento, todos nadaron hacia la embarcación, pero se cree que Christian y otro compañero nadaron hacia tierra firme. No se sabe si allí había guerrilleros esperándolos o qué sucedió. Quince días después, Elibardo fue a buscar al compañero que estaba con Christian en el momento de la explosión y este le dijo que, así como él había salido sólo con un par de rasguños, así mismo debía haber quedado Christian.

Carmen cuenta que los guerrilleros “la tuvieron fácil” porque pudieron hacer un plan: el puerto llevaba seis meses en verano, sin lluvia, así que el caudal del río había bajado mucho, tanto que se alcanzó a descubrir una pared que medía de 8 a 10 metros de alto. Allí tuvieron tiempo para plantar siete cilindros bomba y taparlos bien. Cuando llegaron los marineros se quedaron a dormir

tranquilamente. Esa noche llegaron cuatro embarcaciones; la primera llevaba a bordo 30 suboficiales y tenía suficientes comodidades como para dormir o cocinar allí; las otras tres eran embarcaciones llamadas "pirañas", cada una con 30 marinos en servicio. Estos barcos sólo sirven para el transporte de personas. Entonces, en total, llegaron unos 120 marinos.

Algunos de los compañeros que iban a ir a Santander de visita con Christian murieron en un accidente un mes después del atentado. Mientras llenaban de gasolina el tanque de la embarcación, esta explotó. Fallecieron muy cerca de la zona del atentado. A Carmen le resulta extraño todo esto, pues el comandante de esa base resultó involucrado en varios hechos confusos, tras lo cual solicitó su retiro.

La tía Flor se enteró de lo ocurrido en la emisión del mediodía de un noticiero nacional, allí anunciaron que había ocurrido un atentado a la Marina en Puerto Leguízamo. Recuerda que estaba con su mamá y su esposo, almorzando en la casa. De inmediato pensó en Christian y llamó a su hermano

Elibardo para contarle. Sin perder tiempo, ambos empezaron a llamar para pedir información. Flor cuenta que fue ella quien tuvo que enfrentar la situación, y fue la primera que logró comunicarse con la Marina. En esa llamada, le confirmaron que Christian sí hacía parte del pelotón que había sufrido el atentado.

Carmen sabía que la misión de inspección en la que estaba Christian terminaría a medio día y por eso esperaba su llamada en la tarde, una vez llegara a Puerto Leguízamo. En ese momento, ella estaba camino al colegio, para trabajar en la jornada de la tarde. Cuando entraba a clase, recibió una llamada de la tía Flor, quien le preguntó si había visto las noticias. Carmen le dijo que no tenía tiempo para eso, pues mantenía la cabeza dividida entre el trabajo y sus hijos. Flor le dijo que había ocurrido una explosión en una embarcación en el sur de Colombia, pero que no se sabía mucho todavía. “¿Pero fue en Putumayo, en Puerto Leguízamo?”, fue la pregunta de Carmen. Flor le pidió a Carmen que no se afanara, que Elibardo ya se había comunicado con la base y que le habían dicho que Christian no estaba allí. Sin embargo, la intuición le gritaba a Carmen que su hijo estaba en peligro, o que había resultado afectado.

A raíz de su corazonada, Carmen no pudo contener su angustia: "¡A mi hijo le pasó algo!", gritaba. Sus compañeras en el colegio, que eran bastantes, la rodearon para acompañarla. Ella les contó sobre la noticia y les dijo que Christian estaba ahí, en Puerto Leguízamo. En ese momento la llamó Elibardo a contarle lo que ya sabía, e intentó calmarla asegurándole que Christian no estaba ahí. En medio de su preocupación Carmen le contestó que tenía que llamar a donde fuera y ubicar a Christian, que no importaba lo que tuviera que hacer o a dónde tuviera que ir, pero tenía que saber de él.

Ese día, Carmen no supo más de clases, ni de colegio, ni de estudiantes. Junto a sus compañeras, estuvo llamando toda la tarde al celular de Christian. Sus compañeras se turnaban para llamar. El celular timbró hasta las 4:30 p.m., a esa hora, Marta Navarro, una de las compañeras, recibió respuesta. Carmen tomó el teléfono y habló, pero nadie respondía del otro lado. Esperó alrededor de un minuto para que alguien hablara, pero colgaron. Después de eso, el teléfono ya no daba tono. Como supieron después, a la tía Flor le había sucedido algo parecido: alguien contestó el celular de su sobrino, pero nadie habló. Las dos escucharon sonidos del monte, como la brisa estrellándose con los árboles y el canto de los pájaros.

Al otro día Carmen no quería volver a su casa, pasó la noche en vela y en el trabajo le dieron la semana libre. Esa semana bajó 22 kilos. Dice que su vida se acabó ahí. Los primeros días estaba muy mal, no entendía de razones, fue un momento de shock, no tenía sentido nada para ella, no lo podía creer. A cualquier persona le costaría entenderlo y asimilarlo. Según sus propias palabras, "murió en vida". No quería ni volver al trabajo. A su alrededor le insistían en que atendiera sus demás responsabilidades, que se ocupara de Víctor, que él iba a pensar que no lo quería tanto como a Christian.

En ese momento, Víctor trabajaba como técnico de Claro, una empresa de telecomunicaciones. Al llegar a casa ese día, dejó la moto parqueada como siempre. Cuando entró, vio a los tíos reunidos en la sala, todos en silencio. Había visto la noticia de la explosión, pero quedó con la sensación de que era algo ajeno. La familia le contó que Christian había sufrido un atentado, que en ese momento no se sabía mucho y que en la Armada no daban razón. Víctor salió de allí y se quedó quieto, como petrificado. Sentía tanta rabia e incertidumbre que no era capaz ni de llorar.

La situación fue muy difícil para él, como hermano mayor. Desde pequeño siempre lo defendió, y le gusta recordar cómo lo protegía en el colegio cuando se metía en problemas. En ese momento, sin embargo, no pudo hacer nada por su hermano: ni defenderlo, ni ayudarlo, ni buscarlo. Víctor estuvo encerrado por días; renunció a su trabajo en medio de la ansiedad y trataba de entender la situación, al igual que todos y nadie recibía respuesta. Desesperado, Víctor tramitó un derecho de petición ante la Armada, a lo cual respondieron que enviarían unos huesos encontrados en el lugar de la explosión, para practicarles una prueba de ADN con la esperanza de que fueran suyos. Pero nunca los enviaron. Eso fue lo más frustrante para la familia, se sintieron muy solos, y de no ser por el derecho de petición no habrían recibido ninguna comunicación por parte de la institución o del Estado. Nadie de la Fuerza Pública se contactó con ninguno de la familia. Carmen tuvo que pedirle a Flor que hablara con un contacto de alto rango en la SIJIN⁸ de las fuerzas militares para ayudarles. Así, su cuñada obtuvo un número privado. Esa persona les colaboró para conseguir información sobre el atentado, y empezó a buscar contactos para llamar.

Pero la pesadilla continuó para Carmen. Como ya había tenido contacto con la Armada, recibió una llamada de una psicóloga; ella le dijo que la contactaba para informarle que la Fuerza Aérea estaba buscando a su hijo y al otro muchacho desaparecido, porque no estaban entre los muertos. La Marina tenía buzos explorando bajo el agua del río Putumayo, las embarcaciones habían bajado hasta Perú y por tierra un batallón contraguerrilla del Ejército también apoyaba la búsqueda. Le refirió, además, que en la zona había árboles bastante altos y que, en el sobrevuelo de los helicópteros, habían visto el torso de un ser humano sobre un árbol de 30 metros de altura.

Carmen se sintió muy confundida, pues no había ninguna certeza de que fuera el cuerpo de su hijo. La inquietud producida por la falta de claridad, la escasa exactitud de los datos que le había proporcionado la profesional que la llamó, e imaginarse a su hijo en medio de la situación, le produjeron pensamientos muy dolorosos. Ese mismo día, la psicóloga llamó a la tía Flor para informarle que le habían practicado pruebas de ADN al cuerpo encontrado, y que no era el de Christian. Esto se les hizo muy raro a Flor y a Elibardo y tienen la teoría de que la Armada sólo quería cerrar el caso. Sin em-

bargo, como no tienen manera de confirmar nada, lo único que les quedaba era creer la versión de la Marina, “así fuera a las patadas”, en sus palabras.

Cuando entabló comunicación con el contacto de la tía Flor en la SIJIN, Carmen le comentó sobre el tema. Después se supo que a la psicóloga se le había llamado la atención fuertemente, por haber revelado información no confirmada (en particular sobre el torso que habían visto), y justo cuando la familia se encontraba a la espera de noticias. La tía Flor siempre les reprochó la forma en la que estaban manejando la situación, pues no entendía cómo era posible que nadie se hubiese comunicado con la familia para informar de lo sucedido y que ellos hubieran tenido que buscar la forma de enterarse sobre los hechos.

Flor y Carmen guardan la esperanza de que Christian hubiera caído al río, cerca a la orilla de Ecuador, y luego hubiera sido secuestrado por la guerrilla. Al día de hoy, Flor se hace muchas preguntas, y sueña mucho con Christian, al igual que con su padre ya fallecido. Por ese motivo se pregunta si tal vez Christian también lo está. También ha tenido sueños en los que Christian le dice que está bien y que está traba-

jando. Sus sueños la hacen dudar mucho, la confunden y no sabe qué pensar, por eso los analiza con el fin de encontrar respuestas. Guarda la esperanza de que, si está vivo, regrese algún día. Flor tiene conocimiento de que cuando la guerrilla se lleva a alguien, pueden esperar hasta 25 años antes de permitir que se comuniquen con sus familiares para que sepan que están vivos. Por eso, la esperanza de verlo de nuevo no termina.

VII

**HUELLAS
DESDIBUJADAS
ENTRE LA SELVA
Y EL RÍO**



A los trece días del atentado, llegó a la casa de Christian personal de la Armada a entregar sus pertenencias. Había un sacerdote y varios militares de alto rango. Elibardo, la tía Flor, Víctor y unas vecinas se quedaron a recibir las cosas. Ellos avisaron con anticipación para que estuviera toda la familia, pero Carmen no quiso estar. No los quiso ver porque le daba mucho dolor y tristeza que tomaran la situación "deportivamente", pues sentía que las instituciones actuaban de forma indolente. "Como no es su familia, como no son sus hijos, como no les sucedió a ellos, entonces no les importa. Eso es lo malo de los militares, suceden cosas tan horribles y a ellos no les interesa, no tienen corazón. Piensan que ya pasó y que la vida tiene que seguir. Y sí, la vida tiene que seguir, pero hay que resolver esas situaciones con claridad y respeto", dice ella.

Víctor recuerda que en esa visita él estaba muy alejado de la familia. Fue una tarde en que al llegar de trabajar encontró en la casa

a un señor de apellido Colón, vestido con un uniforme blanco. Tenía las cosas de Christian sin saber bien quién era su hermano y sin conocer los detalles del atentado. En ese momento no le prestó mucha atención, pero tiene muy grabado el recuerdo de la maleta en el piso, en la que presuntamente estarían las pertenencias de Christian. A Víctor le resultó muy incómoda la conversación, y no quiso involucrarse porque no sentía que fuera la persona adecuada para llevar las noticias. Todos los familiares sienten que a la Marina le faltó tacto en la manera de llevar el procedimiento.

La primera vez que el papá de Christian logró ir a Puerto Leguizamo fue casi un mes después del atentado. Fue acompañado por un hermano de Carmen, el señor Jorge Pedraza. Como en la zona no hay vías terrestres, es necesario llegar por aire o por río, tampoco hay vuelos comerciales y por eso, Elibardo tuvo que esperar un vuelo autorizado por las Fuerzas Armadas.

La zona era peor de lo que se imaginaba; cuando llegaron había escombros, ropa militar y otras cosas, pero no le dejaron ave-

riguar mucho; tampoco le dejaron cruzar la frontera con Ecuador. Elibardo tiene la sensación de que los oficiales estaban ocultando algo, algún dato sensible, pues cometieron muchos errores. La gente decía que los cilindros no estaban destinados para atacar a los suboficiales, sino a los oficiales y él mismo alcanzó a ver el cable por donde estallaron los cilindros. Además, este lugar era muy lejano y no tenía buena señal de comunicaciones, por lo que los militares no tenían una vigilancia constante en allí.

Cuando llegaron al batallón, Elibardo aún sentía que le estaban ocultando la verdad. Allí estuvieron una semana; se quedaron donde una señora que conocieron por teléfono, a través de una amiga de Bucaramanga, que se la presentó al papá de Christian. Ella también era concejal del pueblo, le dijo que podía quedarse y que le ayudaría a conseguir trabajo para que investigara más. Pero él no se quedó, porque le comentaron que corría el riesgo de que lo desaparecieran.

El único compañero de Christian con el que lograron hablar fue el que lo estaba acompañando durante la explosión. Les contó que

cuando ocurrió, ambos estaban en la cubierta lavándose los dientes; se habían agachado a escupir, pero Christian se levantó justo en el momento del estallido. Desde ahí no lo volvió a ver. Elibardo supone que todo estaba preparado en el momento en que fueron a hacer la visita, pues no lo dejaron hablar con otros compañeros de Christian, ni investigar nada adicional, alegando temas de seguridad. También piensa que se habían confiado en las condiciones de seguridad del sitio y esto habría matado a Christian. Tiene dos versiones sobre lo que sucedió: que su hijo cayó al río y la guerrilla lo secuestró, o que la explosión lo desintegró en el agua.

Después de ese primer viaje, Elibardo y Jorge quedaron con más confusión, pues algunos les decían que Christian estaba desaparecido y otros, que lo tenía la guerrilla. En cualquier caso, mantenían la esperanza de que Christian estaba vivo y que el temor lo había llevado a refugiarse en la selva. Durante la visita, habían querido cruzar el río para ir a una casa que se alcanzaba a ver frente al lugar del atentado, al otro lado de la frontera con Ecuador, pero ese cruce era prohibido. Tampoco los dejaron ir a la es-

cuela de la zona, con el argumento de que esta permanecía constantemente vigilada por la guerrilla. Permanecieron acompañados por un teniente, quien les aseguraba que los procesos de búsqueda estaban en curso, pero no los dejaron hablar con gente del lugar o con personas que habían estado en el atentado; por eso pensaban que había algo oculto. A ese viaje también fue el hermano del otro compañero de Christian que desapareció el día de los hechos, él también era militar. Mientras realizaban la búsqueda, notó la presencia de una mina antipersona en el camino, por lo que tuvieron que detenerse y no pudieron ingresar más a la selva por el peligro que representaba.

Según relata Elibardo, “se notaba que la Armada sólo protegía en el pueblo y algunas zonas del río, pero en el resto del territorio era la guerrilla la que estaba al mando”. Este viaje lo pagaron con los recursos de la familia, porque lo único que pagaba la Armada era el vuelo desde Bogotá a Puerto Leguízamo, puesto que iban en uno de sus aviones. Una vez allí, se instalaron en otro lugar porque en la base naval los tenían aislados.

La Fuerza Pública tiene la obligación legal de denunciar este tipo de sucesos, sin embargo, no lo hicieron hasta que Elibardo y Jorge Pedraza se presentaron a presionar. Carmen conserva todos los papeles del proceso, y dice que en la denuncia los hechos están totalmente cambiados: en el informe de la Fiscalía se registra la hora de llegada de las embarcaciones a la base de Puerto Leguízamo, a las 8:05 a.m., y que la explosión ocurrió casi de inmediato, pero Carmen afirma que ellos pasaron la noche anterior en la base móvil, y lo ocultaron por alguna razón. Ella expresa, con mucho dolor en su voz, que fue muy ingenua al no denunciar a tiempo las posibles irregularidades que vio en el proceso y los informes entregados. Dice que no fue por miedo, pues no le interesaba lo que pudiera pasarle o las represalias por denunciarlos, sino porque no lo pensó bien. Como ella ha dicho varias veces, la vida se le acabó cuando recibió esa noticia, y si no los denunció también fue porque pensaba en el bienestar de Víctor y en lo que pudieran hacerle a él.

El segundo viaje a Puerto Leguízamo ocurrió más o menos cuatro meses después de la

explosión. Esta vez fueron Carmen y Elibardo, y estuvieron una semana investigando. Hablaron con unos sujetos en el municipio y les dijeron que los podían llevar a hablar con los principales cabecillas del Frente 48. Eventualmente consiguieron alguien que los llevara hasta el lugar, pero cobrándoles un alto precio: dos millones de pesos. Un día antes del recorrido pagaron un millón y al día siguiente se irían en una embarcación a las 4 de la mañana. En el recorrido visitarían varios corregimientos, y tendrían acceso al “Estado Mayor”, en donde se encontraban los jefes de la guerrilla; irían allí con el objetivo de preguntarles por Christian.

Antes de eso, alguien les dijo que mejor hablaran con un taita⁹ indígena de la zona, y este les pidió que no fueran, pues sabía que muy posiblemente no volverían. Les dijo que aunque Christian estuviese vivo, los matarían a ellos o a él. Para convencerlos de no ir les contó la historia de unos extranjeros a los que les secuestraron un hijo y luego los mataron por ser personas mayores e “inservibles”. Finalmente decidieron no ir, incluso a costa de perder el millón de pesos que ya habían pagado. En ese momento el

taita se ofreció a ayudarlos con la búsqueda de Christian y los iba a llevar al lugar donde creía que lo tenían, sin embargo, al darse cuenta de que estaban con la Armada se negó porque pondría en peligro su vida y la de su comunidad.

La zona del atentado no era completamente roja, pero en Puerto Leguizamó, dice Carmen, la guerrilla es la que manda y todo el mundo lo sabe; al que no le gusta eso le toca irse y los demás aceptan las condiciones. Ella fue al pueblo y le dijeron que no hablara con nadie y que tuviera mucho cuidado. Cuando la embarcación estaba llegando para ir a la base móvil (donde fue el atentado), ella pidió permiso para ir al baño, miró el pueblo y observó a la gente normal, sabiendo que por debajo de lo que se veía pasaban cosas terribles. Quizás la vida de esas personas que habitaban allí había sido difícil. Ella había tenido encuentros con la guerrilla, pero nunca nada tan fuerte como explosiones, ni había estado en un lugar sobre el que tuvieran el control total. "No sé, pero estando allá en la boca del lobo todos me parecían guerrilleros, la gente vive con ellos, los mantienen, comen y hacen todo con ellos".

A los militares no les convenía contar la verdad porque ya habían “dado mucha papaya”¹⁰, prácticamente se los habían servido en bandeja de plata a los guerrilleros, pues siempre llegaban al mismo lugar. Entonces, cuando ellos vieran pasar la embarcación subiendo, sabrían que los militares llegarían a la base móvil. Es muy extraño que la Armada se vaya y deje desprotegida la base casi por 6 meses y luego de una misión vuelvan sin ningún problema, sin revisar o inspeccionar, “es como ponerle el queso al gato”. Para Carmen, el corregimiento de Piñuña Negro era completamente guerrillero. Raúl Reyes¹¹ comandó en la zona durante mucho tiempo y allí estaba ubicado el Estado Mayor del Frente 48 de las FARC, todo el pueblo estaba sometido a lo que ellos decidieran.

Carmen supone que, como una forma de protección, la Armada debe aprender a convivir con la guerrilla para no estar en permanente combate, según ella, “se tienen que hacer los locos y fingir no saber quiénes hacen parte de la organización”.

En ese viaje tuvieron contacto con los jefes de la base naval de esa época y les pre-

sentaron a dos investigadores: uno habló por teléfono y el otro estaba presente personalmente. Dijeron que habían ido a investigar y que no habían encontrado nada de Christian, lo que los motivaba a deducir que las FARC se lo habían llevado. Lo lógico para Carmen, sería que si él se hubiera desintegrado por la explosión, el celular se hubiera dañado y no hubiera sonado, nadie habría siquiera contestado, ni Flor ni Carmen hubieran podido escuchar el ruido de la selva en esas llamadas.

Según las investigaciones que hicieron en la Armada, quienes pusieron los cilindros bomba pudieron ser los milicianos (personas de las FARC que viven en la zona siguiendo órdenes de la guerrilla¹²) y no el Frente 48. En el proceso de investigación que lleva la Fiscalía y que Carmen ha leído, hay declaraciones que señalan al inspector de la Policía como miliciano de las FARC. Estas declaraciones las entregaron personas relacionadas con el proceso, que tuvieron que salir de la zona por seguridad. “En toda la vereda hay milicianos de las FARC, o al menos los de esa época”, asegura Carmen. Durante ese tiempo, Elibardo solía llamar a la Armada con-

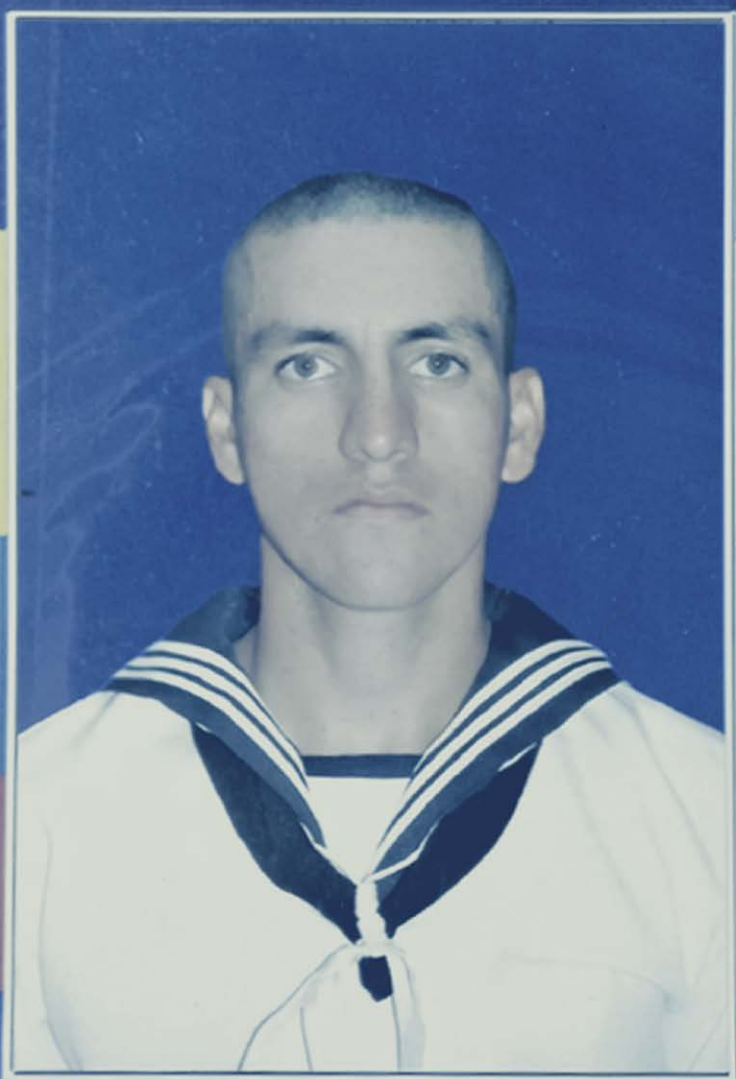
tinuamente, y siempre le decían lo mismo: que seguían buscando. También llamaba a un teniente y al sargento mayor Gómez, que era muy amigo de Christian, con quien Elibardo perdió el contacto luego de un tiempo.

Por parte de la Fuerza Pública nunca hubo apoyo psicológico, que era lo que realmente esperaba Carmen. Un día ella les reclamó y les dijo que cómo era posible que les exigieran tanto a las personas para ingresar a la institución y luego no se preocuparan realmente por ellos ni sus familiares. Después de eso, un comandante habló con Carmen, pero siempre le daban “pañitos de agua tibia”. Tampoco recibieron apoyo económico por parte del Ejército durante esos cuatro meses. El salario de Christian seguía en su cuenta y hasta que no se solucionó todo el papeleo, no se pudo recuperar ese dinero.

VIII

LA VERDAD COMO DEUDA INSTITUCIONAL

ARMADA NACIONAL



***Escuela Naval de Suboficiales A.R.C.
Barranquilla***



En 2013, la familia recibió una resolución por correo en donde se sustentaba que, como la búsqueda no arrojó ningún resultado concluyente, se le daba por muerte presunta a Christian. La Fuerza Pública llamó a la señora Carmen y a Elibardo para realizar el trámite. Ante su intención de apelar, les dijeron que dos años después del hecho no es permitido ser representados por un abogado, y tuvieron que ir hasta Bogotá.

En Bogotá, fueron unas tres veces al Centro Administrativo Nacional, en donde los atendieron abogados de la Armada; un asesor jurídico les dijo al respecto que no iniciaran un proceso con un abogado porque iban a terminar perdiendo la plata. Esto los dejó en una situación aún más vulnerable, porque como la familia no conocía la reglamentación, no podían acudir a ninguna figura jurídica que les permitiera restablecer sus derechos. No tenían conocimientos sobre el procedimiento para demandar y, con el es-

tado de ánimo de Carmen como agravante, la situación no era óptima. La solicitud es y siempre ha sido que le devuelvan a su hijo.

En esas visitas se habituaron a hablar únicamente sobre temas monetarios; nunca les ofrecieron apoyo psicológico o moral a la familia. Todo eso indignaba fuertemente a Carmen, pues ella no quería que le pagaran por su hijo, ella quería encontrarlo.

Al final fue el padre quien se interesó y realizó todo el papeleo relacionado con el caso en un juzgado de Bucaramanga. Para poder hacer los trámites, Carmen pagó ese viaje a Bogotá, al igual que cuando Elibardo fue a buscar a Christian la primera vez.

Las Fuerzas Armadas redactaron un documento en el que se constataba que Christian era soltero y no tenía hijos, para justificar legalmente que los dolientes (y herederos) eran los papás y Víctor. Además, se acordó que no lo seguirían buscando más. Después de eso, sus padres recibieron una indemnización y una pensión baja para cada uno, pero ningún dinero puede pagar la vida de un hijo. Christian había adquirido un seguro

de vida a nombre de Víctor, dinero que llegó en el momento acordado, y con el cual el hermano decidió estudiar Derecho. No les ofrecieron ningún apoyo educativo o laboral, pero Elibardo adquirió una suscripción al sistema de salud de la Armada. Ahora, con el tiempo que ha pasado, y con los ánimos más calmados, la familia entiende que haber contado con un abogado en ese momento era muy importante, pero se negaron a esa ayuda por hacerle caso a la sugerencia del asesor jurídico de la Marina.

En aquel tiempo ellos no estaban pensando en el dinero, y no se dieron cuenta de que era un mal arreglo, pero después Elibardo habló con un abogado militar y este le dijo que podía volver a demandar porque fue un crimen de lesa humanidad y eso no tiene vencimiento. Dado que es un delito de carácter imprescriptible, no importa cuántos años pasen o si ya se ha pagado alguna indemnización, se puede volver a demandar y abrir un proceso judicial. Además, se supone que debieron darle dinero a todos los familiares que sobrevivieron, pero esto no ha sido posible hasta el momento. Con el tiempo, después de separarse de Elibardo, Carmen ha

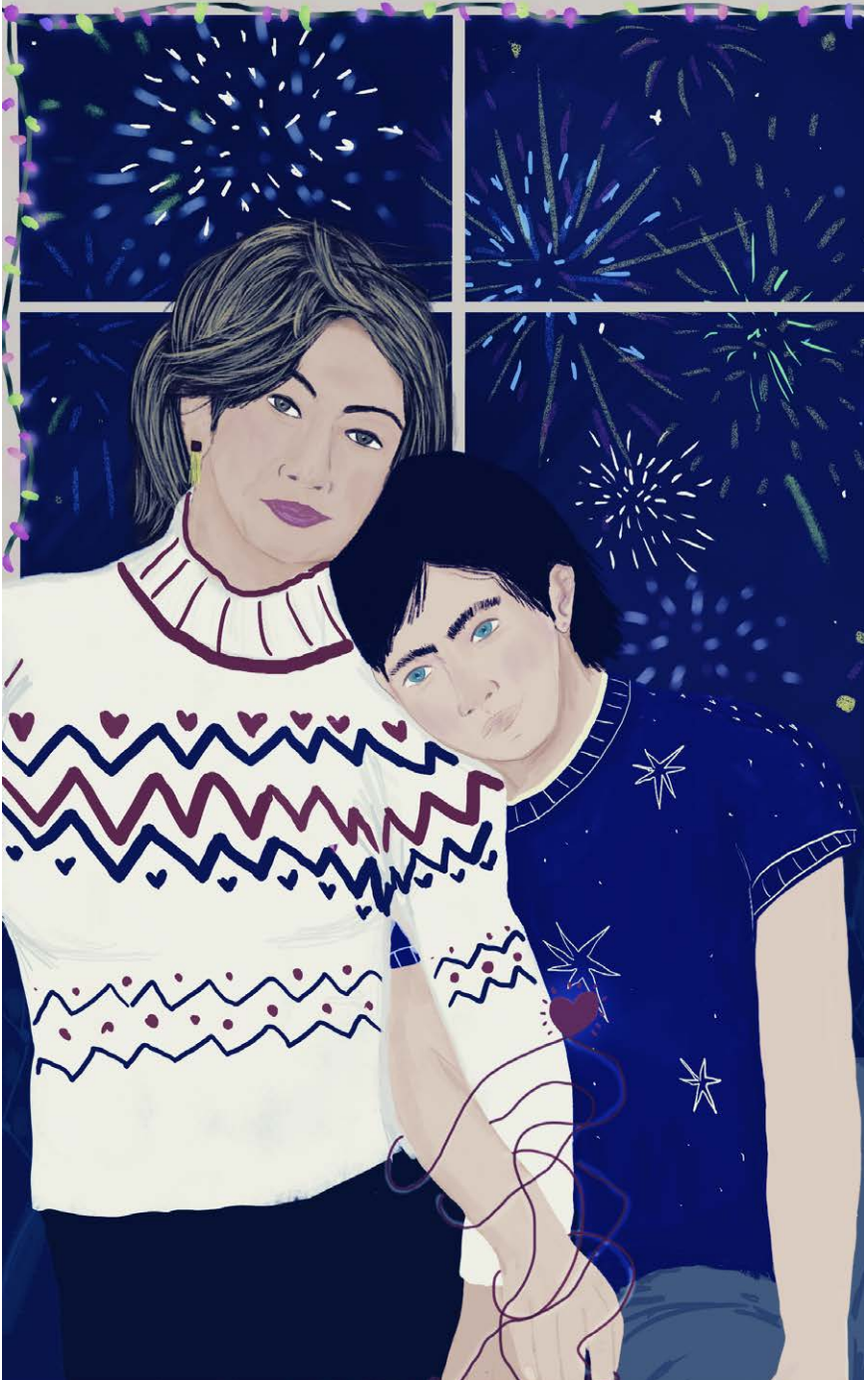
buscado respuestas por diferentes medios. Intentó varias veces ir a los puntos de desmovilización, pero nunca encontró respuestas sobre la verdad que buscaba. Un tiempo después del atentado, Carmen quiso pedir traslado para la escuela pública que quedaba en Piñuña Negro, ubicada muy cerca al lugar del atentado; estaba decidida a hacerlo imposible por encontrar a su hijo. Fue a unas reuniones para hallar la manera de pedir traslado a dicha escuela; estuvo casi seis meses haciendo trámites para conseguirlo, pero sus supervisores no se lo permitieron, principalmente porque sabían que ese lugar era una zona roja.

Carmen investiga constantemente; también a través de fuentes alternativas. Por ejemplo, cuenta que ha ido a visitar videntes. Dice que antes no creía en eso, pero todas las personas de ese medio a las que ha visitado coinciden, al igual que el taita indígena, en que Christian está vivo. Y eso le hace conservar la esperanza. Han visitado alrededor de 30 videntes de todas las regiones de Colombia y todos ellos aseguran que Christian sobrevivió al atentado.

No se sabe si está secuestrado o si lo tienen trabajando; como mamá, Carmen mantiene la esperanza de que su hijo está en alguna parte, vivo. En alguna ocasión, un vidente le dijo que estaba en la selva de Manaos. En palabras de Carmen: “Si Dios quiere, él está vivo, lo que me da mucha tristeza es que lo tiene la guerrilla; lo tienen las disidencias de las FARC. Yo creo que lo tienen trabajando, y a los trabajadores de la guerrilla no los dejan comunicarse. Para mí es un sufrimiento aún más terrible porque, si está vivo y lo tienen trabajando, sé que él está sufriendo muchísimo, porque está haciendo algo que no quiere, pero tiene que hacerlo. (Comunicación personal, mayo 12 de 2022)”.

IX

**LA ESPERANZA
DEL
REENCUENTRO**



A lo largo de los años, Carmen ha sentido que las personas pueden ser extremadamente crueles: ha afrontado comentarios y acciones que ella cree son insensibles, desde su exesposo Elibardo, hasta compañeros de trabajo. Por ese motivo ha decidido no hablar de su hijo con mucha gente. En el mismo año del atentado, Carmen expuso el caso en la Cruz Roja Internacional, y una mujer de Estados Unidos le pidió que fuera a la sede en Bogotá; fue sola y le dijeron que habían intentado hablar con la gente y no encontraron respuestas, por lo que tenían que dar por cerradas las investigaciones. Le dijeron que lo más probable era que se lo hubieran comido los caimanes. Sin embargo, nunca se encontró ningún elemento de Christian: placas, botas ni ADN.

Y aunque no ha sido suficiente, sí han recibido respaldo por parte de particulares. Herbin Hoyos, del programa Voces del secuestro de Caracol Radio, los apoyó desde 2013 difundiendo el caso todos los sábados

durante siete años, hasta que se terminó el programa. Las fundaciones que más han acompañado a Carmen son ACOMIDES¹³ y FUNVIDES¹⁴. Allí encontró el apoyo psicológico que se le ofrece a todas las personas en la misma situación, que acuden a estas fundaciones: familiares desaparecidos por las FARC, y más adelante comenzaron a trabajar con desaparecidos por el ELN. Se sentía apoyada porque, al contarla, veía su historia reflejada en otras historias. Fue allí que conoció a los videntes y otras personas con diferentes dones que los apoyaron.

En estas organizaciones, doña Carmen conoció a Emerson, hijo de la señora Esperanza, quien tiene bastante experiencia de trabajo relacionado con la desaparición forzada. Él le tomó los datos y le dijo que la iba a invitar a Medellín, a un encuentro de la Comisión de la Verdad¹⁵. También le contó que la mamá estaba organizando a algunas personas, hijos o familiares de personas desaparecidas, particularmente militares, lo cual le llamó mucho la atención, pues prefería los lugares donde sólo hubiera personas con su misma situación. Él siempre la invitaba a todas las reuniones, también durante la

conmemoración de la semana del desaparecido. Desde entonces, le ayudaron económicamente para que pudiera ir a Neiva durante toda la semana, evento que se conmemora en mayo.

En aquel viaje se relacionó con personas que dirigen la búsqueda de desaparecidos. Le sacaron sangre para obtener el ADN y le ayudaron a realizar varios trámites. También logró conocer personal de la Fiscalía de Putumayo, quienes le permitieron enterarse del manejo que se le ha dado al caso. En ese encuentro también compartió con familiares de desaparecidos y generaron una red de apoyo para continuar en la búsqueda. Luego, viajó a Puerto Asís, donde se enteró más a fondo del proceso con la SIJIN, gracias a un contacto de dicha institución conoció a la compañera de Fabián Ramírez, desmovilizada previamente. Ella y él mismo niegan el atentado e insinúan que fueron otros grupos armados. Esta versión no coincide con la información disponible, pues en ese tiempo el Frente 48 de las FARC tenía el mando de esa zona.

Emerson también la ayudó a conocer a la doctora Luz Marina Monzón, exdirectora de la

Unidad de Búsqueda de Desaparecidos. Ella estuvo en su casa, le explicó cómo era su trabajo y, además de escuchar a Carmen, la apoyó mucho; le dio ánimo. Carmen solía ir a las reuniones donde contaban lo que ellos hacían, a dónde habían ido y lo que habían logrado. Después de un tiempo Carmen dejó de participar en aquellos encuentros. No se sentía muy cómoda al ver que también asistían víctimas de la sociedad civil y excombatientes de las guerrillas. En un encuentro en Pasto se limitaron al relato de las víctimas pertenecientes a la guerrilla, especialmente a los desmovilizados. Parecía que los casos como el de ella no eran tan importantes en la narrativa generalizada de la guerra. Ella no se sintió bien, pues dice que no puede obligarse a aceptar algo y que su corazón perdona el daño que le causaron. No siente que haya podido perdonar, porque no sabe con precisión qué ni a quién tiene que perdonar. No ve como justo el hecho de no conocer la verdad, y en cualquier caso, no se quiere forzar a aceptar las versiones que le han dado.

También con la ayuda de Emerson, Carmen estuvo con el padre Francisco¹⁶, pero

sintió que la demás gente allí presente en estas reuniones iba con intereses políticos y económicos. Esto le ofendió ya que no cree que se deba utilizar una situación así con esos fines.

La Armada, por su parte, realizó la edición de un libro acerca de las víctimas de las FARC y fue justamente Emerson quien les dio el nombre de Carmen, para que fuera hasta la misma JEP¹⁷ a entregarles el libro a los comisionados. Ella tuvo que ir personalmente en nombre de la Armada. Cuenta que ha intentado apoyar a esa institución, a la que, en cualquier caso, su hijo pertenecía.

La búsqueda de Carmen no ha parado y en 2016, fue con su actual esposo a Montañitas, en Caquetá, en busca del desmovilizado Frente 48, y se hicieron pasar por familiares de guerrilleros para poder entrar, pero les dijeron que ahí sólo estaban los excombatientes mayores, que los jóvenes se encontraban en Carmelita, Puerto Asís. Al día siguiente, un padre carmelita que hacía parte del Comisionado de la Paz, les contó que sólo la mitad se había desmovilizado, y que de las disidencias sumaban por lo

menos 4000 personas. Trató de ayudarlos con la ONU, quienes sí los escucharon y les ofrecieron apoyo. A raíz de esto, también trasladaron el caso a la Cruz Roja de Puerto Asís, en donde intentaron brindarles buena atención. Sin embargo, debido a la gran distancia, optaron por la Cruz Roja de Bucaramanga.

Cada seis meses, o cada año, una funcionaria llama a la señora Carmen a preguntarle cómo está. Ella recuerda que la última vez que hablaron, le informó sobre la posibilidad de participar en unos talleres de apoyo, que finalmente no se dieron. Carmen cree que, como las búsquedas no han dado resultado, piensan estos talleres como una forma de entretener a las víctimas para que no busquen más; tiene la sensación de que las instituciones no le están mostrando el cuadro completo, y sigue creyendo que no le han brindado suficiente información.

Fabián Ramírez, antiguo miembro del Frente 48, hace parte del Acuerdo de paz firmado entre el Gobierno y las FARC, y por ello en la JEP han investigado y le han preguntado directamente qué sucedió con las

dos personas desaparecidas. Fabián dice que no recuerda haber hecho nada de eso y que posiblemente había sido obra de otro grupo armado. Carmen sabe que miente para defenderse; para ella todos los exintegrantes de las FARC mienten para que no los encarcelen. Por esa razón, se ha ofrecido para hacer declaraciones ante la JEP en dos ocasiones. Allí, ha leído, dado nombres y mencionado todo lo que ha podido sobre el atentado, pues siente que quienes están involucrados en la indagatoria, aún ofrecen una versión velada de la verdad.

Después de años de seguir buscando, de interminables intentos de acompañamiento a la zona, de respuestas mediocres y papeleos innecesarios, Carmen, Víctor, Flor y Elibardo no han tenido ninguna respuesta que les resuelva por completo la incertidumbre. Siguen sin saber qué le pasó realmente a Christian y por qué nadie ha encontrado pistas sobre él. Aún hoy, con los brazos vacíos y la cabeza llena de preguntas, conservan la esperanza de encontrarlo y volver a verlo para cerrar por fin este capítulo de sus vidas.

X

**FORTALEZA
Y ESPERANZA
PARA CONTINUAR**



A raíz de la desaparición de Christian y sus consecuencias, la relación entre Elibardo y Carmen se deterioró aún más. Comenzaron a tener más problemas en la convivencia en el hogar, al punto que Elibardo decidió irse, y el matrimonio terminó.

Carmen dice que le gusta la música de los años 70 porque le recuerda a su primer novio, con quien se reencontró después de 32 años y se casó. Gracias a ese reencuentro, las personas decían que después de haber sufrido tanto debía llegar algo bueno. Él no conoció a Christian, pero le ha ayudado a buscar e investigar sobre su paradero. La cuestión económica continúa siendo un obstáculo, que no le ha permitido dedicarse de lleno a esta búsqueda.

Sus familiares, amigas y compañeras del trabajo le dicen que tiene un ángel en el cielo que la está acompañando y cuidando, y que ese ángel es su hijo. Muchas personas

tienen esa idea, pero Carmen no la quiere aceptar. Dice que no lo va a aceptar, que hasta que no lo vea o hasta que no le muestren algo que lo confirme, seguirá adelante buscando hasta donde pueda. En relación con la elaboración de este libro, Carmen comenta: "Cuando uno cuenta estas cosas descansa un poco, es un descanso poder contarle a personas que me creen y que a la vez me dejan pensar lo que yo quiera. No me obligan, sino que ustedes me dejan pensar y seguir teniendo esperanza de algún día volverlo a ver o saber la verdad de lo que pasó con él. Esa sería la pregunta estrella, la verdad de lo que ha pasado con nuestros desaparecidos. Me agrada mucho porque he descansado. Sé que ustedes me entienden".

Por su parte, Elibardo estuvo seis años solo y cuando se quedó sin trabajo volvió a vivir con su mamá. Tuvo otra hija por fuera de sus matrimonios. Luego conoció a su actual pareja y vive en Girón, Santander. No cuenta con un trabajo estable y actualmente maneja taxi, camión y en algunas ocasiones se dedica a la construcción, como maestro de obra.

Víctor trabaja con el SENA, gracias a un concurso del Estado como auxiliar admi-

nistrativo. Es abogado, pues pudo pagar su carrera con el seguro de vida que había adquirido Christian, y cuenta con buenas garantías en este trabajo. A consecuencia de lo sucedido, Víctor se había refugiado en el alcohol durante el primer año de la desaparición, pero logró cambiar cuando conoció a su esposa Silvia, con quien lleva alrededor de ocho años como pareja, y seis de matrimonio. Para él, lo importante son sus hijas, quienes han sido su motor después de la pandemia. Actualmente viven en Florida-blanca, más cerca de Elibardo.

También cuenta que lo que sucedió le dejó grandes aprendizajes o herencias, aprendió a llorar y a leer la vida, empezó a escuchar las señales que Dios le envía y aprendió a asumir las consecuencias de las decisiones, pues a Christian muchas personas y sucesos le pidieron que no se fuera, pero él no escuchó. Hace un tiempo se dio cuenta de que necesitaba hacer algo para tener un cierre, así que en su cumpleaños pasado se hizo un tatuaje que le recuerda a su hermano, es un ancla, el símbolo de la Armada; el cual le sirvió como una forma de tramitar sus emociones. Sabe que su hermano, si no está con vida, llevó una vida plena, hizo lo que pudo hacer, obtuvo logros y, aunque pensaba seguir con su vida, el destino no se lo permitió.

Por esa razón, por encima de todo el dolor, Víctor se siente lleno de orgullo al decir que su hermano lo logró todo, y que fue un ejemplo muy grande para él.

Actualmente, la señora Flor, la amada tía de Christian, vive con su pareja en Piedecuesta, Santander. Tiene un hijo, quien emigró del país con su pareja, y están muy felices porque van a ser padres. Doña Flor no cabe de la dicha porque se convertirá en abuela, pero dice que su felicidad será completa el día que Christian regrese, como cuando llegaba a visitarla y sus días se alegraban, con esa sonrisa que todo lo mejoraba.

EPÍLOGO:

**CARTAS A
CHRISTIAN**



De Carmen

Hoy le diría a Christian que quisiera pedirle disculpas por todo lo que pasó durante el embarazo, por lo que pude hacer mejor durante su infancia, por llorar tanto, por las situaciones duras. También por no dedicarles tanto tiempo. Pero el amor que les tenía no se los di tanto con besos y abrazos, sino con el esfuerzo de llevarles comida, darles un techo y todo lo que necesitaban. También quiero decirle que lo sigo amando, lo sigo esperando y no me cansaré de buscar la verdad de lo que ocurrió. Le pido a Dios cada día que lo guarde y lo proteja donde quiera que esté.

Hasta el final de mis días mi esperanza
seguirá intacta.

De Flor

A Christian le diría que, cuando pasaron las cosas, sentí que un pedacito de mi corazón ya no estaba, que lo extraño, que extraño su

forma de ser tan colaborador, tan especial, tan alegre. Que donde quiera que esté, Dios lo acoja, lo proteja y lo guíe.

De Víctor Eduardo

Creo que todo lo que vivimos en la escuela lo volvería a vivir, no cambiaría nada. Quisiera abrazarlo más; la última persona de la familia en verlo fui yo, y nunca le dije nada. Aprender a decirle que lo amaba, decir que me importaba mucho, dar las gracias, yo creo que eso sería lo que me faltó, decir las cosas en el momento correcto. Eso me lo enseñó mi hija ahora, antes no hubiera sabido cómo hacerlo. Sería bonito. Aunque si hubiera cambiado algo, tal vez no habría sentido esa admiración por mi hermano, él es lo que es por esa forma en que nos trataron, no hay arrepentimientos sobre la vida que tuvimos juntos.

De Elibardo

Christian, te llevo en mi corazón, te amo mucho y para mí estás vivo. Siempre te llevo conmigo a todas partes.

NOTAS

1. Para conocer más sobre la historia de este grupo leer el siguiente reporte: <https://elordenmundial.com/la-guerra-de-50-anos-de-las-farc/>
2. Para ampliar sobre este tema, ver los siguientes trabajos: <https://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-colombia-memorias-de-guerra-y-dignidad-2016.pdf>; <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/15293>
3. Para entender mejor la conexión entre la política de seguridad democrática y los “falsos positivos”, remitirse a estos estudios: <https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/42fbf427-b667-44d9-aa76-658bd-19dee91/content>; <https://es.rollingstone.com/los-falsos-positivos-se-deben-entender-como-parte-de-la-politica-de-seguridad-democratica/>

4. Estas instituciones se han encargado de formar a docentes, especialmente como profesores de nivel preescolar y para los ciclos de básica primaria.
5. Regiones con una fuerte presencia de grupos violentos que las convierten en lugares de alto riesgo para el desarrollo de la vida civil.
6. Para ampliar el tema de la fuerte presencia de las guerrillas en el Putumayo, ver las siguientes notas: <https://www.vanguardia.com/colombia/putumayo-el-departamento-que-mas-espera-el-cese-el-fuego-JYVL319088>. <https://ideaspaz.org/publicaciones/investigaciones-analisis/2014-07/conflicto-armado-en-caqueta-y-putumayo-y-su-impacto-humanitario>
7. Piñuña Negro es un corregimiento separado de Ecuador y Perú por el río Putumayo, fuertemente afectado por el conflicto armado. Para ampliar este tema, vea el siguiente enlace: <https://www.lasillavacia.com/historias/silla-nacional/la-paz-se-derrumba-en-putumayo/>
8. En Colombia, la Policía Nacional cuenta con instituciones encargadas de la investigación criminal. La DIJIN es la Dirección de Investigación Criminal y la SIJIN son Seccionales de Investigación Judicial, que trabaja a nivel territorial.
9. Taita es un indigenismo usado para denominar al padre. En varias culturas indígenas los taitas son además de padres, hombres mayores a los que se les debe respeto por su sabiduría y, usualmente, uso de plantas medicinales. Para ampliar la información sobre los pueblos indí-

genas de Colombia, ver: <https://www.onic.org.co/pueblos>

10. De uso coloquial: dar ocasión, por descuido o ingenuidad, para que alguien saque ventaja, se aproveche o abuse de uno.
11. Luis Édgar Devia Silva, alias Raúl Reyes, fue un guerrillero, miembro del Secretariado, portavoz y asesor del Bloque Sur de las FARC-EP. Murió en territorio ecuatoriano durante la Operación Fénix de las Fuerzas Militares de Colombia. El operativo que condujo a la muerte de Reyes desencadenó una controversia internacional entre Colombia y Ecuador debido a la invasión territorial, además de encontrar los computadores que permitieron obtener información importante sobre la organización.
12. Estas personas hacen parte de las estructuras de las guerrillas, lo cual no implica que sean sujetos en armas; pueden desarrollar labores de inteligencia o actuar en ciudades con extorsiones y robos.
13. Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza Pública y sus Familias Víctimas del Conflicto Armado.
14. Fundación para la protección de los derechos de las víctimas de secuestro y desaparición forzada, dirigida por mujeres víctimas.
15. En el marco del Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz suscrita entre el Gobierno de Colombia y las FARC-EP, mediante el Acto Legislativo 01 de 2017 y el Decreto 588 de 2017, se creó la Comisión para

el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, como un mecanismo de carácter temporal y extrajudicial del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, para conocer la verdad de lo ocurrido en el marco del conflicto armado y contribuir al esclarecimiento de las violaciones e infracciones cometidas durante el mismo y dar una explicación amplia de su complejidad ante toda la sociedad. Visite el link: <http://comisiondelaverdad.co/>

16. Actual presidente de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, es sacerdote jesuita colombiano. Realizó estudios en filosofía, teología y economía, y es conocido por su trabajo hacia la construcción de paz, la reconciliación y la dignificación de las víctimas del conflicto armado colombiano.
17. Jurisdicción Especial para la Paz, también conocida como Justicia Especial para la Paz, es el mecanismo de justicia transicional en el que se investiga y juzga a los integrantes de las FARC-EP, miembros de la Fuerza Pública y terceros que hayan participado en el conflicto armado interno de Colombia.

Esta obra ha sido publicada
por el proyecto Memoria y Reparación.
Los trabajos de la primera edición fueron
terminados en noviembre de 2025 en los
talleres de Imagen Editorial S.A.S.
Bogotá, D.C., Colombia

14 de febrero de 2011. Christian estaba en la cubierta del barco, junto con un compañero, tomando su desayuno: chocolate y pan. Ese barco es el que había trabajado por un largo tiempo y que logró hacerlo funcionar para que la tropa de la marina pudiera salir a operaciones en la zona. Ya iban de regreso, a unas escasas horas de llegar al batallón. La navegación por el río Putumayo estaba cerca de concluir.

A las 8 de la mañana sucede la explosión.

Volaron todos. Algunos cayeron al río. La mayoría nadaron hacia la embarcación. Christian y su compañero no. Quizás nadaron a tierra firme de la otra orilla y fueron interceptados por la guerrilla.

Carmen, Víctor, Flor y Elibardo no dejan de esperarlo. Con los brazos vacíos y la cabeza llena de preguntas, conservan la esperanza de encontrarlo y volver a verlo para calmar la incertidumbre que tienen sus vidas.